

DÉCIMO NOVENO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Muchos hijos se convierten en expertos en vigilar tormentas. El crecer en hogares disfuncionales muchas veces significa poner mucha atención a los estados de ánimo de otras personas, anticipando gritos y tratando de estar un paso delante de cualquier cosa que pueda pasar. Esta hipervigilancia puede habernos ayudado a sobrevivir, pero puede continuar incluso aún cuando las circunstancias hayan cambiado. La recuperación nos llama a descubrir una forma diferente de vivir, una que está cimentada no en la vigilancia constante, sino en la creciente confianza en la presencia de Dios.

Las lecturas de este domingo se relacionan directamente con esta invitación. En la Primera Lectura, Elías está en un monte esperando a que el Señor pase (1 Reyes 19:9a, 11-13a). Un viento huracanado resquebraja las rocas, un terremoto sacude el suelo y un fuego pasa frente a él, pero el Señor no estaba presente en ninguno de estos eventos espectaculares. Por el contrario, Dios se presenta en un murmullo suave. Elías reconoce Su presencia, se cubre el rostro y sale de la cueva.

Muchos hijos adultos esperan que la sanación llegue por medio de logros espectaculares. Ciertamente Dios puede obrar de esa manera. Sin embargo, más frecuentemente, Su sanación se desarrolla silenciosamente por medio de prácticas cotidianas de fidelidad. Comenzamos a reconocer Su voz durante la oración, mientras reflexionamos en la Escritura, por medio de conversaciones honestas en juntas, en la guía de un padrino, madrina o amigo de confianza, y en la creciente habilidad de hacer una pausa antes de reaccionar. Estos momentos pueden parecer ordinarios, pero gradualmente remodelan cómo vivimos nuestra propia experiencia, con otros y con Dios.

El Evangelio presenta otra imagen de esta transformación (Mateo 14:22-33). Pedro baja de la barca después de escuchar el llamado de Dios. Por un momento, él camina sobre el agua. Después se da

cuenta del viento y de las olas, se espanta y comienza a hundirse. Su respuesta inmediata es simple: “¡Sálvame, Señor!”. Jesús le tiende la mano sin dudar.

Esta experiencia muchas veces refleja el camino de la recuperación de un hijo adulto. Comenzamos a confiar en Dios, tenemos relaciones más sanas y practicamos nuevas formas de vivir. Pero cuando el conflicto surge, cuando alguien se decepciona de nosotros o cuando la vida se percibe incierta, viejos patrones de supervivencia pueden regresar rápidamente. Comenzamos a detectar el peligro, tratando de controlar los resultados o asumiendo la responsabilidad por situaciones fuera de nuestro control. Poco después, el miedo es más fuerte que la fe.

La experiencia de Pedro nos recuerda que el problema no es la tormenta en sí misma. El momento clave llega cuando su atención se desvía de Cristo hacia cualquier cosa que se percibe amenazadora. La recuperación nos enseña a darnos cuenta de cuándo ese cambio está ocurriendo. En lugar de ser consumidos por el miedo, hacemos una pausa, oramos y recordamos que nuestra seguridad yace en la presencia de Dios y no en nuestra habilidad para predecir o arreglar cualquier situación.

El Paso Once nos motiva a tener esta nueva forma de vida por medio de la oración y la meditación. En lugar de permanecer atrapados en pensamientos de ansiedad o viejas estrategias de supervivencia, intencionalmente buscamos el contacto consciente con Dios. Con el tiempo, nos volvemos menos reactivos y más sensibles. Descubrimos que la paz crece no porque la vida se vuelva predecible, sino porque Cristo permanece fiel ante cualquier incertidumbre.

Esta transformación requiere paciencia. Los hábitos que se formaron en la niñez no se reemplazan de un día a otro. Pero cada vez que elegimos confianza en vez de miedo, honestidad en lugar de refugio y conexión en vez de aislamiento, los cimientos

de nuestras vidas se vuelven un poco más fuertes. Lentamente descubrimos que ya no tenemos que vivir como si cada tormenta determinara nuestra seguridad.

El murmullo que escucha Elías y el rescate de Pedro proclaman la misma esperanza. Dios está presente aún cuando la vida se percibe abrumadora. Al continuar en recuperación, se nos invita a calmar nuestros corazones, mantener nuestros ojos fijos en Cristo y confiar que Su presencia constante es más fuerte que cualquier miedo que hayamos aprendido a cargar.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué situaciones son más probables que te despierten viejos patrones de supervivencia o vigilancia excesiva?
- ¿En qué momentos has experimentado que Dios habla en un murmullo suave en vez de circunstancias espectaculares?
- ¿Qué te ayuda a regresar tu atención a Cristo cuando el miedo comienza a moldear tus pensamientos o decisiones?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 1 Reyes 19:9a, 11-13a

SAL. RESP. Salmo 85:9, 10, 11-12, 13-14

SEGUNDA LECTURA Romanos 9:1-5

EVANGELIO Mateo 14:22-33